

PRESENTACIÓN DEL *DICCIONARIO DE LA BIBLIA*

Frank Kogler- Renate Egger-Wenzel –Michael Ernst (dirs.)

Mensajero- Sal Terrae, Bilbao- Santander 2012

Universidad de Deusto (11 de diciembre de 2012)

Dr. Juan Luis de León Azcárate

Profesor de Sagrada Escritura y Director del Departamento de Teología de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto

Buenas tardes a todos. Me complace poder presentarles a ustedes el nuevo *Diccionario de la Biblia* dirigido por los profesores Frank Kogler, Renate Egger-Wenzel y Michael Ernst y publicado por las editoriales Mensajero y Sal Terrae. Se trata de una obra magnífica, una herramienta muy útil para el estudio de la Biblia. Pero, dado que mis compañeros de mesa detallarán cumplidamente las excelencias de esta obra, particularmente D. Ramón Alfonso Díez, Director de su edición, y a quien agradezco su presencia hoy aquí, permítanme que hable un poco más sobre la importancia de leer y conocer la Biblia.

Para un cristiano la Biblia es la Palabra de Dios que se revela al hombre de una manera histórica y progresiva, y que conduce a la Palabra encarnada que es Cristo. En este sentido, la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, del cual estamos conmemorando este año su 50 aniversario, proclama: «Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (*Dei Verbum* 11). Verdad de salvación, no necesariamente histórica o científica. De estas palabras, cabe colegir que la Biblia es fundamental, al menos para los cristianos. Pero, ¿podría decirse que es o debiera ser también, al menos, relevante para los hombres y mujeres del siglo XXI no creyentes?

Muchos quizá responderían negativamente a esta pregunta. Por poner un ejemplo, hace apenas dos meses fue subastada una carta privada del gran científico Albert Einstein escrita en 1953 al filósofo judío Eric Gutkind, como respuesta a su libro *Optemos por la vida. La llamada bíblica a la rebelión*. La carta es un documento que va mucho más allá de las preocupaciones científicas de Einstein y deja muy clara su opinión sobre las creencias religiosas. En ella afirmaba: «La palabra Dios para mí no es más que la expresión y el producto de la debilidad humana y la Biblia una colección de honorables pero primitivas leyendas».

Dicho así, diríase que nos encontramos, una vez más, con el manido conflicto entre la ciencia y la fe o, en este caso, entre las verdades empíricas de la ciencia y las supuestas

verdades reveladas de la Biblia. ¿Tiene razón Einstein? ¿No es la Biblia más que, como dice, una «colección de honorables pero primitivas leyendas»? Si la tiene, ¿qué hacemos aquí presentando un nuevo *Diccionario de la Biblia* tan impresionante como éste? ¿Tiene sentido publicar una obra de estas características en el siglo XXI? Por mi parte, no tengo la menor duda de responder a esta pregunta afirmativamente.

Es evidente que Einstein desbarró al decir que la Biblia sólo es una colección de honorables leyendas primitivas. La Biblia atesora unos valores religiosos, estéticos, culturales, históricos y literarios que desbordan ampliamente la burda descalificación del gran científico. Sin ella, hoy no entenderíamos gran parte de la cultura occidental y de los valores que ésta ha asumido a lo largo de la Historia. Sólo por ello, la Biblia merece un estudio y una dedicación especiales al margen de la opción religiosa que se tome ante ella.

Para un especialista en Historia de las Religiones, la Biblia, bien sea en su versión canónica hebrea, la Tanak, o en la cristiana (Antiguo y Nuevo Testamento), es básica para comprender el judaísmo, el cristianismo y no pocas de las suras del Corán islámico. Pero, más allá de su estudio cultural y religioso, los valores de solidaridad, justicia, opción por los más débiles y pobres, que la mayoría de sus textos vislumbran, han ayudado a tomar conciencia en Occidente de los derechos humanos y a forjar gran parte de la ética y moral actuales.

Para un historiador o un arqueólogo, la Biblia, aun no siendo propiamente un libro de historia, es fuente de tradiciones, de diversas memorias, del antiguo Israel y de los orígenes del cristianismo que deben ser tenidas en cuenta en todo intento de reconstrucción tanto de la historia del antiguo Israel como de la de los inicios plurales del cristianismo. El historiador y el arqueólogo pueden rastrear estas diversas tradiciones y contrastarlas con las fuentes extrabíblicas y los datos arqueológicos. Más aún, todo aquello que el historiador y el arqueólogo puedan reconstruir y sacar a la luz al respecto, es y será una necesaria y gran aportación para el exégeta del texto bíblico.

El filólogo, el especialista en literatura antigua, encontrará en la Biblia no pocos relatos de gran belleza literaria, comparable a las grandes obras de la literatura antigua. Al mismo tiempo, descubrirá que diversas culturas dejaron su impronta en la Biblia, convirtiendo a ésta en un rico cruce de culturas: la mitología mesopotámica, la sabiduría egipcia, algunos planteamientos de la religiosidad persa, la filosofía griega y la cultura romana fueron unas veces maestras, otras, punto de contraste, en la formación y enriquecimiento, primero, de la cultura judía, y, después, del cristianismo primitivo. Un cruce de culturas del que podemos y debemos aprender también hoy.

Ni que decir tiene que el esteta y el historiador del arte deberán acudir en no pocas ocasiones al relato bíblico para poder comprender e interpretar una iglesia románica, una catedral, una vidriera, un cuadro, una escultura... o no pocas obras de arte de ayer y de hoy... Sin olvidar, cómo no, que también el llamado Séptimo Arte, el Cine, es deudor en no poca medida de las historias bíblicas. ¿Quién no ha visto, o al menos ha oído hablar, por ejemplo, de películas como *Los Diez Mandamientos* de Cecil DeMille

(1956), *En busca del Arca perdida* (1981) de Steven Spielberg, *La Pasión de Cristo* (2004) de Mel Gibson, o auténticas obras maestras como *El séptimo sello* (1957) de Ingmar Bergman, entre otras muchas, inspiradas, a su manera, en la Biblia? Lo mismo podría decirse del rico mundo de la literatura. No es difícil encontrar grandes obras literarias en cuyas páginas pueda rastrearse algún eco de la Biblia.

Incluso, más allá del ámbito académico e intelectual, y de la opción creyente, un lector ávido puede leer con fruición la Biblia y encontrar en ella bellos relatos, hazañas bélicas y liberadoras, gestas heroicas, bellas páginas de amor, jugosas y tortuosas escenas eróticas (algunas para mayores de 18 años), historias que reflejan la ambigua condición humana... Incluso el lector escéptico actual puede encontrar páginas bíblicas con las que identificarse...

En definitiva, la Biblia, también hoy en el siglo XXI, puede ser muy provechosa desde muy diversos puntos de vista. Pero su lectura no siempre es fácil. Nos lleva a mundos y culturas distintos, a fechas lejanas, a acontecimientos históricos, algunos con proyección en el presente, que quizá nos cuesta situar y entender. La mencionada constitución *Dei Verbum* advertía: «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras» (*Dei Verbum* 12). Pero, ¿cómo conocer la intención de unos autores tan alejados cultural y temporalmente de nosotros?

Ya en 1943, el papa Pío XII, en su encíclica *Divino Afflante Spiritu*, afirmaba que para descubrir esa intención de los autores humanos, esto es, el sentido literal del texto bíblico, «es absolutamente necesario que el intérprete se traslade mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, para que, ayudado convenientemente con los recursos de la historia, arqueología, etnología y de otras disciplinas, discierna y vea con distinción qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella edad vetusta» (*Divino Afflante Spiritu* 23). En tiempos más recientes, el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), reafirma que el método histórico crítico «es el método indispensable para el estudio científico del sentido de los textos antiguos», también para la Biblia, y ‘necesario’ para descubrir su sentido literal, aunque no baste por sí sólo para comprenderla en su totalidad. Aspecto que recalcó el papa Benedicto XVI en su exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010): «Sólo donde se aplican los dos niveles metodológicos, el histórico-crítico y el teológico, se puede hablar de una exégesis teológica, de una exégesis adecuada a este libro.» (*Verbum Domini* 34).

Por lo que acabamos de decir, la investigación bíblica, desde distintas perspectivas interdisciplinarias, y en ámbitos también académicos y universitarios, debiera seguir siendo útil en un mundo y en una época necesitados de un mayor acercamiento, crítico y riguroso eso sí, al hecho religioso y a las consecuencias político-sociales que conlleva.

Y para realizar un buen estudio bíblico conviene servirse de herramientas útiles que puedan facilitar su lectura y comprensión. Una de estas herramientas, por supuesto no puede ser la única, es un diccionario que sintetice y actualice los principales conocimientos filológicos, históricos, arqueológicos y teológicos en torno a ella, y, a ser posible, de una manera pedagógica y clara.

Pues bien, precisamente el nuevo *Diccionario de la Biblia* que aquí presentamos cumple bien estos requisitos. Se trata de una obra de talante abierto y ecuménico, rigurosa, rica en información, muy actualizada, pero a la vez bellamente presentada e ilustrada con imágenes, fotografías, mapas y ricos esquemas sintéticos que facilitan la comprensión de lo tratado, y en un formato pedagógico, que incluye la distinción en colores de los libros bíblicos y de los principales temas teológicos, que facilita al lector una rápida visualización de lo que está buscando. Puede decirse que en estos momentos no hay en el ámbito bibliográfico español una obra de estas características que esté a la altura de este diccionario. En él, el exégeta, el teólogo, el historiador, el arqueólogo, el filólogo, o simplemente el lector que quiera acercarse a la Biblia, puede encontrar un instrumento muy útil que, en un solo volumen, le ayude a comprender muchos de los aspectos literarios, históricos y teológicos de una de las mayores obras literarias de la humanidad.

Creo que la obra cumple debidamente con lo que sus directores afirman de ella en el prólogo: «Todos los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, así como importantes obras no canónicas, su contenido y su planteamiento teológico, pero también su trasfondo histórico y literario, se explican a la luz del estado actual de la exégesis.» (p. VII).

Consecuentemente, es de agradecer que las editoriales Mensajero y Sal Terrae hayan hecho el esfuerzo de ofrecer al lector en lengua española una obra tan fundamental como la que nos reúne aquí, del mismo modo que es de agradecer que hayan elegido a la Universidad de Deusto, y en particular a su Facultad de Teología, una de cuyas áreas de investigación más destacadas es precisamente la de Sagrada Escritura, como el marco idóneo, académicamente riguroso, para presentar y dar a conocer esta obra.

Muchas gracias.